

LA EDUCACIÓN POLÍTICA. UNA ALTERNATIVA PEDAGÓGICA PARA EL SIGLO XXI

Reflexiones en tiempos de pandemia

POLITICAL EDUCATION. A PEDAGOGICAL ALTERNATIVE FOR THE 21ST CENTURY

Reflections in times of pandemic

Jessica Flores Leyva*

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM y profesora de la Escuela Nacional Preparatoria. Correo electrónico: jessica.flores.leyva@gmail.com.

En el presente ensayo se reflexiona acerca de la relevancia de la educación política como alternativa pedagógica en tiempos de pandemia: cuando el COVID-19 ha trastocado las vidas de millones de habitantes del planeta Tierra. Esta pandemia ha evidenciado la vulnerabilidad de los seres humanos ante las emergencias sanitarias, pero también ha revelado lo mejor y lo peor de cada persona. Por esta razón, hoy más que nunca es pertinente revisar qué estamos haciendo en materia de educación y cómo estamos formando a nuestros educandos. En relación con estas preguntas, la educación política se erige como una propuesta sumamente pertinente, cuyo propósito principal es fomentar en las aulas el desarrollo del pensamiento crítico, la formación ciudadana, la participación efectiva y la búsqueda del bien común, con el fin de lograr un mundo más justo, igualitario y mejor preparado para manejar contingencias, como la que ahora nos toca enfrentar.

Palabras clave: educación política, formación ciudadana, políticas educativas, pandemia.

This article aims to reflect on the relevance of political education, as a pedagogical alternative in times of pandemic: COVID-19, which disrupted the lives of millions of people on planet Earth. This pandemic has highlighted the vulnerability of humans to health emergencies, but it has also brought out the best and worst of each person. For this reason, today more than ever it is relevant to review what we are doing in terms of education and how we are training our educators. In relation to these questions, political education stands as a highly relevant proposal, whose main purpose is to promote in the classroom the development of critical thinking, citizen formation, effective participation and the search for the common good, in order to achieve a more just, equal and better prepared world in the management of contingencies, such as the one we now face.

Keywords: politics education, citizen training, education policies, pandemic.

La educación debe ser una discusión política, porque ahí se forja el futuro de la sociedad. En ella, se ordenan las oportunidades presentes y futuras de las generaciones. Ahí también se distribuye el poder en la sociedad y se asignan los roles en la estructura social. Por eso, una educación pública robusta significa mayor igualdad y mayor democracia. Por el contrario, una educación pública moribunda expresa el debilitamiento de un derecho y su transformación en un servicio que se transa en el mercado.

Cristian Cabalin

Consideraciones iniciales

Transcurren tiempos difíciles. Quien esto escribe se encuentra francamente impactada por lo que ha presenciado en los últimos días. Una nueva pandemia se ha extendido, prácticamente, por todo el mundo: el COVID-19, que consiste en una variante de infección respiratoria en la que, en algunos casos, al enfermo se le cierran las vías aéreas y, literalmente, el virus le destruye los pulmones, lo que causa asfixia y la muerte. Esta pandemia, que se originó en China, también es conocida coloquialmente con el nombre de coronavirus debido a la forma tan peculiar en que adquirió la cepa. Al respecto, cabe destacar la rapidez con la que se dieron los contagios y el gran alcance del virus que, hasta el momento, ha afectado, de manera considerable, a la mayoría de los países.

La expansión del virus, el cual resultó altamente contagioso, ocasionó que los gobiernos conminaran a la población a resguardarse en sus hogares en una cuarentena que, muy pronto, se volvió obligatoria. Si bien al principio de la pandemia había un clima generalizado de desconfianza e incredulidad por parte de las personas con respecto al COVID 19, este paulatinamente se fue disipando al presentarse los dramáticos casos de Italia, España, Ecuador, Estados Unidos, Brasil y México.

En esta situación hay algo sobrecogedor: la fragilidad de la especie humana frente a las pandemias; fragilidad que se suma a otros factores como la falta de preparación de los sistemas de salud ante la imprevisibilidad de los hechos, la escasa capacidad de reacción por parte de los gobiernos, la poca empatía del personal encargado de atender a los enfermos y, por último, la limitada conciencia de la ciudadanía ante este tipo de situaciones.

En estos factores quiero centrar las siguientes reflexiones. Me interesa discutir qué ha ocurrido con el tipo de educación que hemos recibido hasta ahora y analizar sus efectos, al menos hasta la coyuntura histórica que hoy nos ha puesto en riesgo. La educación es uno de los principales elementos que han influido en el tipo de sociedad que somos y que seremos, educación que se ha organizado históricamente de manera vertical, donde los planes y programas de estudio se definen desde arriba para, luego, implementarse en las escuelas.

A su vez, dichos planes y programas de estudio están conformados por un conjunto de conocimientos generales, los cuales son estáticos e inflexibles, además de caracterizarse por exaltar el individualismo y la competencia como valores supremos del mercado, en correspondencia con el actual modelo económico que nos rige. Estos conocimientos han sido transmitidos de generación en generación a los educandos, sin reparar en su sentido o utilidad verdadera. Por esta razón, los educadores asistimos al desastre que actualmente vivimos e, incluso, muchos hemos formado parte de él. Pero ¿qué podemos hacer al respecto?, ¿cómo revertir esta situación?, ¿de qué manera enfrentar los retos que se nos presentan?

Para resolver estas cuestiones, tenemos que partir de un hecho clave: cuando la pandemia termine no volveremos a ser los mismos. Por eso, es necesario buscar alternativas que nos ayuden a transformar lo que se ha hecho de manera equivocada. Es urgente comenzar a crear prácticas educativas diferentes, significativas, innovadoras y complementarias. Como educadores es nuestro deber comprometernos con la profesión, tratar de recomponer la situación y reparar en los fallos que hemos tenido hasta el momento.

Para lograrlo, la alternativa que aquí se propone es la educación política. Con frecuencia ocurre que, al mencionar la propuesta, esta causa cierta incomodidad y desconfianza entre quienes participan en el debate. Estas reacciones responden a algunas cuestiones que detallaremos más adelante. Mientras tanto, se dirá que la educación política se propone como una alternativa encaminada a la transformación de los sistemas educativos contemporáneos desde dos vertientes principales: la construcción de ciudadanía y el mantenimiento de la democracia.

Dicho esto, es momento de entrar en materia y explicar la relevancia actual de la educación política y por qué ahora, más que antes, es una alternativa pedagógica de gran relevancia.

Lo político como condición natural del hombre

Como se ha mencionado al inicio de este artículo, en la actualidad buena parte de los educadores se muestran renuentes a incorporar la educación política en el currículo escolar. Se considera que esta renuencia obedece a una confusión epistemológica en relación con el significado original de lo político, por tanto, mediante este ensayo se busca esclarecer un poco tal confusión.

En primer término, es imperativo recuperar este significado original con el propósito de fundamentar la propuesta y apuntalar mejor su comprensión. Así pues, lo político se remonta a la antigua Grecia, donde Aristóteles comenzó a observar y a preguntarse acerca de la vida en sociedad. La obra de este filósofo nos remite al conocimiento de la naturaleza del hombre, el cual fue definido como un ser eminentemente social, esto a diferencia de las concepciones contemporáneas que lo

determinan como un ser propiamente individual, preocupado por su propia subsistencia y dispuesto a competir con sus semejantes; es decir, un ser humano más cercano a la concepción nihilista.

Según la concepción aristotélica, el primer ámbito de socialización del hombre es la familia, en la que paulatinamente se educa para facilitar su transición del estado animal (*la feritas*) al estado humano (*la humanitas*) y, así, convertirse en el famoso animal político (*zoon politikon*). De esta manera, los hombres comenzaron a asociarse libremente con el propósito de lograr el bien común (Aristóteles, 2018).

Se retomaron estas ideas porque representan la esencia de la educación política. El sentido original de lo político difiere de las nociones actuales donde la política se circunscribe al ámbito del Estado y las formas de gobierno. Incluso, en cierta etapa histórica, se procuró disociar a la educación de la política, las cuales se consideraron de forma separada y excluyente.

Hasta este punto es posible entender que, aunque lo político tiene que ver, en efecto, con el Estado y las formas de gobierno, cuando adjetiva a la educación se remite al significado original del ser social, que vive en comunidad y que, inevitablemente, forma parte de un Estado. También para Aristóteles, la educación era un aspecto fundamental en la constitución del Estado y, sobre todo, en la formación de los ciudadanos de la polis. Al respecto, en la antigua Grecia se consideraba que la desatención educativa era un golpe mortal al Estado porque la educación constituía el ejercicio de la virtud y se estimaba como bien público sujeto a vigilancia.

En la misma línea argumentativa, siglos más tarde, Karl Marx consideró a la educación como un elemento básico para el desenvolvimiento intelectual, el desempeño de las funciones y el trato social de los individuos (Marx, 2002). De acuerdo con el contexto político y económico de su época, este filósofo alemán afirmó que la educación tenía una misión emancipadora mediante la cual se impulsaría el libre desarrollo de las facultades físicas y espirituales del hombre, además de colaborar en la formación de la conciencia crítica. Para Marx, los hombres son responsables de forjar su propia historia, así como de cambiar las condiciones y formas en que fueron educados, por lo que la educación se encuentra estrechamente ligada a la historia de la humanidad, tiene un carácter dinámico y es una práctica revolucionaria.

Dicho lo anterior, el significado original de lo político tiene poco que ver con lo que hoy en día se entiende por política, y es un hecho que la separación entre esta y la educación ha hecho mucho daño a los sistemas educativos porque procuró inmunizar a los educandos de todo lo que tuviera que ver con la realidad concreta. Sin embargo, varios pedagogos preocupados por esta separación comenzaron a trabajar desde otras perspectivas y a recuperar las prácticas educativas originarias.

A mediados del siglo XX, una nueva corriente pedagógica latinoamericana planteó que el conocimiento debía tener verdadera utilidad, que lo político era inseparable de lo educativo y que, en consecuencia, la construcción de conocimiento debía expresarse

de forma constante como unidad de acción y reflexión sobre la realidad (Freire, 1984). Para esta corriente alternativa esta unidad es muy importante, puesto que implica una comprensión profunda de la realidad concreta por parte de los educandos.

Desde esta perspectiva surgió el concepto de *alfabetización política* como antecedente directo de la educación política, cuyo precursor fue el pedagogo brasileño Paulo Freire. El concepto fue construido desde su experiencia como alfabetizador en las comunidades más pobres del noreste brasileño, donde Freire estuvo inmerso y en las que pudo observar de cerca las duras condiciones de vida y las necesidades apremiantes de la población, con la que trabajó usando su método.

Derivados de la vinculación del alfabetizador con el medio, los puntos más importantes del método freiriano fueron la concientización y politización de los sujetos sociales, así como la redefinición de la educación como una práctica emancipadora. Cabe destacar que, en la década de los sesenta, Freire contribuyó a la alfabetización de 300 trabajadores rurales en tan solo mes y medio (Martínez-Salanova, 2002), tiempo en el que las prácticas educativas se llevaron a cabo tomando como base los referentes culturales de las comunidades, los cuales se incorporaron a las estrategias didácticas para asegurar el éxito en la tarea.

En resumen, el método freiriano extrajo sus referentes de la realidad social para elevarlos al nivel abstracto de la reflexión, y después volver sobre la misma realidad con el propósito de transformarla. Para Freire, no era posible hablar de una cultura del pueblo sin hablar de una política del pueblo. Así, pues, la alfabetización política es algo absolutamente necesario si se quiere transformar el estado de cosas, y a su vez, este concepto tiene como contraparte al analfabeto político, figura utilizada por Freire para explicar a los ciudadanos que no tienen conocimiento de lo que pasa a su alrededor.

El analfabeto político es similar al analfabeto genérico, pero con una distinción: mientras que el analfabeto genérico se caracteriza por no saber leer ni escribir, el analfabeto político es aquel que, independientemente de que sabe leer y escribir, tiene una percepción ingenua o equivocada de la realidad y a esta la ve como un hecho que fue o es y no que está siendo. Debido a este sesgo, el analfabeto político tiende a huir de la realidad como forma de negación y prefiere perderse en visiones abstractas, huida temporal por cierto, por lo que inevitablemente el hombre vuelve a situarse en su contexto, aunque lo hace de manera acrítica (Freire, 1984).

Por si esto fuera poco, el analfabeto político percibe el futuro no como repetición del presente, sino como algo preestablecido o predeterminado, lo que pone de manifiesto las intenciones domesticadoras de futuro que ha tenido la educación oficial, la cual se niega a ver a los seres humanos como seres de la praxis, negación que al mismo tiempo los incapacita para transformar la historia.

En consecuencia, un analfabeto político es aquel que, experimentando un sentimiento de impotencia frente a la irracionalidad de una realidad alienante y todopoderosa, procura refugiarse en la falsa seguridad del objetivismo. Incluso, Freire

ha señalado que el punto de comparación entre el analfabeto político y el analfabeto genérico es que ambos se conducen de manera mecánica y no reflexionan críticamente ni lo que viven ni lo que leen (Freire, 1984).

Aquí el problema de fondo es la negación permanente de la realidad por parte de los educandos, negación que constituye un obstáculo severo a la educación como un proceso emancipador y como práctica de la libertad; por lo tanto, cuanto más se alienta la falsa conciencia del pueblo, más reacio se hace este a la comprensión crítica de su propia realidad. De esta manera, la alfabetización política es condición para la superación de las adversidades y constituye el germen de la educación política como alternativa pedagógica.

La educación política como alternativa pedagógica

Por las razones antes señaladas, se considera que la educación política constituye una valiosa alternativa pedagógica debido a su relevancia y pertinencia para estos tiempos de pandemia. Asimismo, el sentido de dicha alternativa hoy se encamina a la reconfiguración de los sistemas educativos y a la apertura del currículo escolar al pensamiento crítico, la solidaridad, la empatía y la búsqueda del bien común, como temas centrales que es primordial tratar en las escuelas en todos los niveles.

De acuerdo con Milton Luna, la educación política no solo incumbe a los jóvenes, sino a todos los integrantes de un país, hombres y mujeres, desde los niños hasta los adultos mayores. Todos. Mientras más politizada es una sociedad, mientras la mayoría sabe y ejerce sus derechos, sus libertades y responsabilidades, su calidad de ciudadanía crece, con lo cual sus capacidades de interacción con el Estado son más altas. El resultado es la profundización y ampliación de la democracia y la mayor eficiencia de las políticas públicas y servicios del Estado (Luna, 2017)

Con esta descripción, se reafirma que el componente político es indisociable de lo educativo, por lo que no debería representar en modo alguno una forma de adoctrinamiento o subordinación ideológica de los educandos, argumento que por cierto se utiliza comúnmente para denostar este tipo de educación. La verdadera esencia de la educación política se encuentra más cercana al sentido aristotélico descrito al principio de este artículo, que al adiestramiento o imposición de un criterio ajeno a los educandos.

Los ciudadanos con formación política saben que el poder reside en ellos, que los recursos del Estado son de todos y que estos tienen que ser bien invertidos. Asimismo, los ciudadanos politizados, con su participación y vigilancia permanente, son los que impiden la corrupción y procuran mejorar los servicios públicos. De esta manera, los ciudadanos ejercen su responsabilidad en la realización de las políticas públicas y no dejan solo al Estado, sino que caminan a un lado de él. Pero también y lo más valioso es

que ejercen un contrapeso, crean partidos políticos y movimientos sociales (Luna, 2017).

Incluso, más allá de la organización colectiva, la educación política es una alternativa pedagógica que cuenta con varias vertientes, entre las que destacan el aprendizaje del pensamiento laico, el respeto al pensamiento y creencias del otro, el respeto a la diversidad y el estímulo para el ejercicio de las libertades de todos. Hay que ser reiterativos en el hecho de que la educación política no busca aprovecharse del aparato estatal ni del sistema educativo para adoctrinar a nadie, pues es bien sabido que el adoctrinamiento de las masas deriva en la manipulación del poder, la sumisión, el clientelismo y el reforzamiento de regímenes caudillistas y autoritarios (Luna, 2017).

El problema es que este falaz argumento ha permeado en varios sistemas educativos, que siguen empecinados en separar lo político de lo educativo un poco también a su conveniencia, lo que ha impedido la transformación real de los métodos de enseñanza, mediante los cuales se han mantenido y reproducido los mismos esquemas dominantes (Giroux, 1983), en un escenario donde las reglas del mercado dictan lo que se debe hacer.

Al respecto, se sabe que los organismos internacionales encargados de determinar las agendas educativas de los países lo hacen en detrimento del componente pedagógico, estrategia que forma parte de una desdialéctización del pensamiento (Freire, 1984), que significa la imposición de una visión oficial generalizada de la educación, en la que se fomenta la desigualdad, el individualismo, la competencia y la adopción de los valores del mercado.

Aquí es donde la educación política aparece como una contrapropuesta con la que se busca replantear el sentido original de la educación, para abolir de una vez por todas la rigidez institucional de la escuela y recuperar el sentido original del proceso de enseñanza y aprendizaje en su justa dimensión: dialéctico, revolucionario, permanente e incluyente, en el entendido de que la creación de un mundo nuevo exige la participación consciente de las masas populares (Freire, 1984).

Como se puede observar, en este punto la tendencia es convertir a la educación política en una educación popular con el fin de avanzar hacia la transformación y democratización de los espacios educativos. Para lograrlo, la escuela tiene que desarrollar en la sociedad la capacidad de gobernar y controlar el desarrollo y el mercado, porque la ciudadanía debe tener el poder de controlar al Estado y al mercado, hacer frente al capitalismo neoliberal y al socialismo burocrático y autoritario (Gadotti, 2000, p. 252)

Es menester, entonces, impulsar a la educación política desde los niveles básicos hasta los superiores. Lo ideal sería que la propuesta oficialmente fuera incluida en el currículo escolar, sin embargo, debido a la rigidez que aún existe en los sistemas educativos y a las escasas posibilidades de que esto ocurra a corto y mediano plazo, lo que podemos hacer es incorporarla como parte de nuestras prácticas cotidianas,

aunque eso sí: cuidando el mantenimiento de la escuela pública y vigilando que el Estado sea capaz de garantizar el acceso universal a ella.

Una vez que las condiciones de trabajo han quedado establecidas, entonces toca a los educadores ocuparse del resto. Cabe resaltar que en la educación política los educadores son actores fundamentales, ya que trabajar bajo este enfoque de enseñanza implica una apertura del docente hacia otra visión del mundo y una misión liberadora.

La educación política conlleva una toma de conciencia, los educadores deben estar dispuestos, en primer lugar, a educarse y, en segundo lugar, a comprometerse verdaderamente con generar una transformación en los otros. La formación de educadores políticos se fundamenta en la idea de los académicos activistas como encargados de interrumpir la dominación y desarrollar un trabajo crítico, teórico, político y práctico, con base en la pasión por la justicia social, la equidad económica, los derechos humanos, los entornos sostenibles, una educación digna de su nombre o, en pocas palabras, los educadores políticos siempre buscarán un mundo mejor (Apple, 2015).

Por ello, en relación con la práctica educativa en las instituciones escolares, y concretamente en el aula, la alternativa pretende potenciar la transformación de los educandos a partir del diálogo, la apertura del educador y su ruptura con el modelo convencional de educación. Para hacer esto posible, es importante trabajar también en la modificación de los contenidos educativos y presentarlos como metáforas, ejemplos e imágenes, con la finalidad de involucrar a los educandos en el proceso y fomentar el desarrollo de una conciencia crítica.

Así pues, en la educación política no es posible deshistorizar el tiempo (Frei Betto, 2005), tal como se ha pretendido hacer con esas hipótesis del fin de la historia, la posmodernidad y la escuela nueva, a partir del advenimiento de la denominada Sociedad del Conocimiento y, últimamente, la Sociedad de la Información. Debido a que la educación política propone recuperar la memoria histórica de los pueblos, memoria que a conveniencia de algunos es preferible olvidar, se considera como una alternativa peligrosa para algunos regímenes que prefieren mantener el mismo estado de cosas.

Por estas razones es que en la escuela todo parece girar en torno a los contenidos educativos y lo demás es secundario. De acuerdo con Frei Betto, en la escuela no se habla de sexo ni de política y, por ello, se han hecho muchas tonterías. El problema de la escuela es que es esclava de una cronología curricular, por lo cual se encuentra cada vez más desfasada de la vida cotidiana de los estudiantes (Frei Betto, 2005).

Como resultado de esta inercia, es obvio que existe una resistencia magisterial a la educación política, sobre todo de los docentes que por años han trabajado bajo el mismo sistema educativo vertical, anquilosado e inflexible. Un sistema en el que, a propósito, fueron excluidas las cuestiones extraescolares del currículo.

Y aunque esta exclusión ha dañado enormemente a la educación, el daño se puede revertir. La transformación de los sistemas educativos es posible, siempre y cuando el

objetivo pedagógico predominante sea transmitir cierta percepción de la complejidad de estas cuestiones, cierta comprensión de las posiciones distintas a las que probablemente los estudiantes encuentren en su casa o entre sus amigos y cierta idea de la forma que podría adoptar un debate razonable y respetuoso sobre estas cuestiones (Rodríguez, 2018).

La principal estrategia pedagógica tiene que ver con inscribir estas controversias en las diferentes interpretaciones de aquellos principios, que cabría esperar que los estudiantes acepten, por ejemplo, los principios de la dignidad humana, que hoy deben constituir una base común para todos y que se están poniendo a prueba, especialmente, en estos tiempos de pandemia.

Tiempos de pandemia

En relación con el contexto en el que se enmarca este ensayo, se dirá que en el año 2020, la pandemia de COVID-19 llegó a cambiar los esquemas anteriormente establecidos y a transformar las vidas de la mayor parte de los habitantes del planeta Tierra. La pandemia, además de ser una dura prueba para los sistemas de salud del mundo, también ha exacerbado lo mejor y lo peor del ser humano. Así pues, en la recta final de este ensayo, se desarrollan algunas consideraciones orientadas bajo los siguientes ejes: la relación de la educación política con el Estado y el tipo de gobierno, el actual clima de división y polarización en la sociedad, así como su expresión en redes sociales, la actitud de los ciudadanos frente a la pandemia y las perspectivas a futuro, concretamente en la región de América Latina y México.

Para empezar, es importante reconocer la desventaja histórica en la que se ha ubicado América Latina en relación con otras regiones del mundo. Expoliada a partir de su descubrimiento por las potencias europeas, saqueada y relegada a satélite del viejo continente, esta región vivió una larga noche, en la cual no tuvo mayor relevancia en el escenario internacional.

Condenada a ser un territorio exportador de materias primas, se le relegó y se le explotó por varios siglos. Las venas abiertas de este continente, como dijera el gran Eduardo Galeano, sangraron profusamente al menos hasta que Europa pudo estabilizarse y colocar a varios de sus países en el selecto grupo de las potencias mundiales.

Aunque las grandes crisis y calamidades surgieron en Europa, esto no hubiera tenido mayor repercusión en esta región de no ser porque algunos siglos más tarde, la globalización irrumpiría con fuerza y conectaría a todos los países del mundo. Así pues, antes exportadora de materias primas y mano de obra barata, América Latina de pronto se convirtió en importadora de crisis, guerras y calamidades, en campo de experimentación de nuevos regímenes de gobierno y nuevos modelos económicos y, desafortunadamente ahora, es terreno fértil para las pandemias.

Es un hecho que las enfermedades tomaron totalmente desprevenidos a los habitantes de la región, cuyos sistemas de salud son muy básicos debido a los altos índices de pobreza y desigualdad que se manifiestan día con día. Como resultado de estas deficiencias, los latinoamericanos somos más vulnerables a las pandemias y tenemos pocas posibilidades de sobrevivir a ellas, así como de contar con atención hospitalaria, vacunas, medicamentos y equipo especializado.

A estas carencias en los sistemas de salud se suman otras tantas, por ejemplo, las que enfrenta el sistema educativo. Con una mayoría de países eminentemente rurales, al menos hasta la primera mitad del siglo XX, América Latina ha dependido de modelos pedagógicos utilizados en otros países. Asimismo, el origen de la escuela tuvo que ver con estructuras históricas importadas de otros lugares, cuyos contextos diferían mucho de nuestras realidades.

Al menos en México, país con una fuerte presencia indígena, desde el principio el sistema educativo se propuso castellanizar al pueblo y alfabetizarlo en aras del discurso de la modernización y el progreso nacional. Desde entonces, se puso en marcha una política educativa conservadora, nacionalista y tradicional fundada sobre normas establecidas con el propósito de mantener el orden social.

El principal logro de dicha política fue apuntalar el surgimiento del Estado autoritario y afianzarlo por varias décadas debido a este modelo educativo hegemónico, reproductor y desdialéctizado, en el cual se exaltó el nacionalismo, se fomentó el individualismo, se enaltecó el culto a la propiedad privada y el respeto absoluto a la figura del presidente y el partido oficial.

Dicho lo anterior, la pregunta obligada parece referirse a la relación que existe entre la educación y la reacción de la población a los desastres y las pandemias. Pues bien, esta relación se encuentra en el fondo de las situaciones a las que asistimos hoy, y que francamente, no habíamos visto antes y nos causan gran impacto.

En este momento, la sociedad mexicana se encuentra inmersa en una gran polarización y resentimiento de unos contra otros en relación con las ideologías y preferencias políticas. Esto se evidencia en el hecho de que una buena parte de la población ha abierto los ojos a la realidad que enfrenta y sabe que la forma de vida impuesta por el capitalismo en que hoy vivimos se está deteriorando poco a poco (De Sousa, 2020).

Sin embargo, otra parte de la población piensa que la pandemia es un castigo divino y que la responsabilidad de que existan tantas personas fallecidas es cuestión de los gobiernos de izquierda. Esto es una muestra de analfabetismo político porque debe saberse que el capitalismo neoliberal fue el que incapacitó al Estado para responder a este tipo de emergencias (De Sousa, 2020).

Con base en estas posturas, quien esto escribe se encuentra sumamente asombrada por el nivel de odio y confrontación que existe en estos momentos y que se puede ver en todas partes: en la calle, en los hogares y, particularmente, en las redes

sociales, verdaderas arenas de combate en la sociedad de la información y, más aún, a partir del confinamiento. Lo que ocurre en estos espacios es la manifestación virtual de que, por años, el sistema educativo nacional ha destruido los lazos comunitarios del hombre, negando con ello su naturaleza original como ser social. En este sentido, el neoliberalismo ha hecho un buen trabajo.

Citaré un ejemplo que me hizo reflexionar. Twitter, red social caracterizada por el predominio de contenidos políticos, así como por el manejo de tendencias mediante las cuales un tema comentado por miles de usuarios se convierte en *trending topic*, arroja diariamente muchas muestras del nivel educativo que tienen algunos sectores sociales de la población.

Navegar en Twitter durante la pandemia es un ejercicio interesante. Quiero enfocarme en un tuit que encontré a propósito del COVID-19, el cual llamó mi atención por el tono en que fue escrito. A grandes rasgos, la publicación se centraba en el número de enfermos de coronavirus y la escasez de ventiladores para atenderlos; el asunto es que una usuaria de la red social, aparentemente de la tercera edad, escribió que en caso de enfermar y necesitar un ventilador, su voluntad era rechazar el aparato en favor de alguien más joven debido a que consideraba haber vivido suficiente, por lo que el centro de su argumento fue que los jóvenes son el futuro del país.

En respuesta apareció otro tuit de una joven, la cual hizo una de las peores demostraciones de egoísmo que yo haya leído. La joven contestó a la anciana que le importaba muy poco si se moría o no, lo que le importaba era que sus padres tuvieran asegurado el acceso a dichos ventiladores, en caso de enfermar de gravedad. Curiosamente, si los cálculos no me fallan, los padres de dicha joven tendrían aproximadamente la misma edad de la primera mujer que ofreció el ventilador.

Y así como este, hay otros muchos ejemplos del tipo de sociedad en que nos hemos convertido. Una sociedad poco educada en el componente político, una sociedad poco empática, una sociedad donde el individualismo, el egoísmo, el hedonismo y el odio de clase han infiltrado poderosamente nuestra mente. Evidentemente esta reconfiguración ideológica resulta más notoria en estos momentos, cuando el tipo de educación recibida se pone de manifiesto en asuntos como el cuidado de la salud, la velocidad de contagios del virus, el aumento del número de enfermos y sus oportunidades de acceso a los hospitales.

En los últimos días, tanto en Twitter como en Facebook, es posible atestiguar verdaderos zafarranchos digitales en torno al COVID-19, sobre todo a partir del decreto gubernamental en el que se estableció el derecho universal al servicio de salud y a la atención médica, en hospitales públicos y privados. “¿Pero cómo es posible?”, “claro, como a ellos no les cuesta”, “a mí nadie me ha regalado nada”, “yo siempre he pagado mi seguro de gastos médicos”, “no me pueden negar la atención para dársela a otro, porque es mi derecho”, “es que yo... yo... yo”, es lo que puede leerse en las redes: una férrea oposición del sector más beneficiado de la población para que se brinde atención

privada al sector más desfavorecido. Así pues, en estos tiempos de pandemia atestiguamos la rabia y los exabruptos de los analfabetos políticos.

Por estas razones, hoy más que nunca, la educación política es pertinente en contraste con la educación tradicional. Retomando a Boaventura de Sousa Santos, la idea conservadora de que no hay alternativa a la forma de vida impuesta por el hipercapitalismo en que vivimos, se desmorona; por ello, las alternativas entran cada vez más y con más frecuencia en la vida cotidiana por medio de los desastres ambientales, las pandemias y las crisis financieras (De Sousa, 2020).

Es necesario hacer un arduo trabajo de transformación de las prácticas en el aula, con el propósito de desestructurar los modelos convencionales y recuperar el sentido original de la educación, a partir del impulso de la educación política en todos los niveles y, sobre todo, mantener este trabajo en los países que han logrado una mayor apertura democrática.

No hay que olvidar que existe una relación estrecha entre educación y democracia debido a que las sociedades democráticas se encuentran más interesadas en organizar una educación deliberada y sistemática. La explicación es que un gobierno que llega al poder mediante el sufragio universal no tiene éxito si los que eligen y obedecen a sus gobernantes no cuentan con un nivel educativo adecuado. Esto hace mucho sentido con la concepción contemporánea de educación, la cual le apuesta a la formación de ciudadanía y a la participación política de las masas (Dewey, 1998).

Asimismo, en los regímenes democráticos la búsqueda del bien común, la generación de oportunidades, la mejora en las condiciones de vida de la población y la generación de una conciencia social, son valores que se busca fomentar y alentar para posibilitar una verdadera transformación social. Es decir, en términos generales la educación política conduce a una profunda toma de conciencia de la participación política como derecho y como deber.

También esta alternativa que representa la educación política despierta entre los educandos la capacidad de aprender a deliberar públicamente sobre los temas de interés ciudadano y a exigir respeto a los derechos de las personas en todos los ambientes donde se desenvuelve: hogar, vida en pareja, escuela, trabajo, partidos, gremios y espacios de convivencia ciudadana en general. De tal manera que la educación política asume una noción de la política que se fundamenta en la idea de la ciudadanía activa; esto es, en el reconocimiento del valor e importancia del compromiso cívico y de la deliberación colectiva sobre asuntos que afectan a la comunidad política (Rodríguez, 2018).

En resumen, la construcción de ciudadanía y el fomento de la participación social son dos de los principales objetivos de la educación política en pleno siglo XXI, aunque debido a la confusión epistemológica señalada al principio de este artículo, hoy la política no tenga la mejor reputación debido a que se le asocia con corrupción, clientelismo, populismo y demagogia, cuyos ejemplos sobran en América Latina,

produciendo con ello un distanciamiento a partir del escepticismo, que inhibe a nuevos actores a incorporarse a la discusión de lo público. (Da Silva, 2019)

Por último, en estos tiempos difíciles de pandemia en la que muchos de nosotros nos hemos visto movidos a la reflexión y al replanteamiento de diversas cuestiones, la educación política se perfila como alternativa pedagógica viable para su aplicación en el aula, una vez que pase el confinamiento y, sin ningún riesgo para las comunidades educativas, el retorno a las escuelas sea decretado.

Consideraciones finales

La educación política es una alternativa que pretende contribuir a la concientización de los educandos y a la formación ciudadana, así como a una reconfiguración ideológica de la sociedad, donde cada individuo sea consciente del papel histórico que le toca desempeñar. Desde esta perspectiva, es un hecho que la educación política se propone como una alternativa pedagógica necesaria desde el nivel básico hasta el nivel superior, la cual requiere un trabajo sostenido, con el propósito de no dejar perder a las generaciones en el tránsito escolar (Rodríguez, 2018 y Da Silva, 2019).

Para lograrlo es importante delimitar algunas líneas de acción. Primero, se debe evitar la confusión entre cultura y escuela, porque puede suceder que una persona culta no haya pasado muchos años de su vida en la escuela. Esta distinción es relevante, puesto que la educación política tiene mayor relación con el nivel de cultura de un país, que con el grado de escolarización de este. Para la educación política, la escuela es un mecanismo de recuperación de la cultura y un espacio donde se fomenta el pensamiento crítico de los educandos, a partir de modelos de referencia distintos a los que se manejan de forma tradicional.

Segundo, no hay que olvidar que cada proyecto educativo se construye con base en un fin determinado, por ejemplo, la preservación de las estructuras de dominación, la adopción de estándares de mercado y la exaltación de la individualidad y la competitividad, esta última a menudo vinculada con el concepto de calidad, tal como ha sucedido en el neoliberalismo (Gadotti, 2007). Contrario a esto, la educación política tiene que servir a los educandos en materia de formación ciudadana y participación social activa dirigida hacia el bien común, cualidades que han sido inhibidas en la política educativa tradicional. Por esta razón, la educación política va de la mano con la flexibilización curricular, si se pretende en verdad la transformación del sistema educativo.

Tercero, en esta transformación la figura del educador es imprescindible. Sin embargo, no es cualquier educador. El educador político deberá ser un activista del pensamiento y poseer un alto sentido de responsabilidad, compromiso y humildad, así como estar dispuesto a educarse, desaprender lo aprendido y disciplinarse en el

trabajo. La importancia de una estrategia político-pedagógica unificada por parte del profesor es vital (Frei Betto, 2017).

Dicha estrategia deberá reconocer y retomar el vínculo entre la escuela y la vida mediante un acercamiento de los educandos al medio en que se desenvuelven, el reconocimiento de su contexto y el fomento de un interés genuino por lo que ocurre a su alrededor, esto para que la educación política y la escuela cobren sentido. Como señaló Frei Betto, las personas pasan más de 20 años en la escuela de donde egresan con un certificado, sin embargo, cuando se enfrentan a su realidad no saben cocinar, ni coser, ni planchar, ni cuidar la casa, ni arreglar un aparato electrodoméstico, ni mecánica, no conocen sobre automóviles o carpintería. Además, en la escuela no se trabajan temas fundamentales para el ser humano y nunca se debaten aspectos tales como pérdida, ruptura, afectos, sexualidad, muerte, dolor o espiritualidad (Frei Betto, 2005).

Por estas razones, la educación política es una alternativa necesaria y pertinente debido a que si la inercia del sistema educativo mexicano se mantiene, el deterioro educativo podría acentuarse y esto significaría un retroceso, una menor empatía y mayor confrontación social; y en términos generales, si seguimos como estamos, comenzaremos a experimentar una regresión democrática, tal como se ha observado en varios países de América Latina, como resultado del abandono de la educación política por parte de los movimientos sociales y las organizaciones progresistas, una vez que llegaron al poder.

Tenemos que aprender de los errores. Todavía hay mucho camino por andar y mucho trabajo que hacer. Es imperativo consolidar la propuesta y mantenerla con vida retomando las bases, la organización popular y el impulso constante, como requisitos básicos para avanzar en la necesaria transformación del sistema educativo. Es obligatorio pensar en el futuro y con mayor razón ahora que la especie humana se ha puesto en riesgo por causa de la pandemia.

Bibliografía

- | | |
|--|--|
| <p>Apple, M. (2015). Conocimiento, poder y educación: sobre un ser académico/activista. <i>Entramados: Educación y sociedad</i>, 29-39.</p> <p>Aristóteles. (2018). <i>La política</i>. Recuperado de Filosofía en español: http://www.filosofia.org/cla/ari/azc03017.htm</p> <p>Cabalín, C. (2011). <i>La educación es política</i>. Recuperado el 26 de abril de 2019, de El Mostrador: https://www.elmostrador.cl/noticias/o</p> | <p>pinion/2011/06/20/la-educacion-es-politica/</p> <p>Da Silva, T. (2019). <i>Pensando en voz alta</i>. Recuperado el 26 de abril de 2019, de Alfabetización política: https://thonydasilva.com/2019/04/26/alfabetizacion-politica/</p> <p>De Sousa, B. (2020). <i>La cruel pedagogía del virus</i>. México: CLACSO.</p> <p>Dewey, J. (1998). <i>Democracia y Educación</i>. Madrid: Morata.</p> |
|--|--|

- Frei Betto (2005). Los desafíos de la educación popular. *Decisio*, 10, 25-31.
- Frei Betto. (2017). *No hay política progresista, sin un trabajo de educación popular*. Recuperado el 3 de junio de 2017, de La Capital: <https://www.lacapital.com.ar/educacion/frei-betto-no-hay-politica-progresista-un-trabajo-educacion-popular-n1408941.html>
- Freire, P. (1984). El proceso de alfabetización política: una introducción. En P. Freire, *La importancia de leer y el proceso de liberación* (págs. 66-81). México: Siglo XXI.
- Gadotti, M. (2000). *Perspectivas actuales de educación*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Gadotti, M. (2007). Paulo Freire y la formación del maestro. En M. Gadotti, *La Escuela y el Maestro. Paulo Freire y la pasión de enseñar* (págs. 37-52). Sao Paulo: Publisher Brasil.
- Giroux, H. (1983). Teoría de la reproducción y la resistencia en la nueva Sociología de la Educación: un análisis crítico. *Harvard Education Review*, 1-56.
- Luna, M. (29 de abril de 2017). Educación política. Recuperado el 29 de abril de 2017, de El Comercio: <https://www.elcomercio.com/opinion/educacion-politica-jovenes-opinion-ciudadanos.html>
- Martínez-Salanova, E. (2002). Paulo Freire. Pedagogo de los oprimidos y transmisor de la pedagogía de la esperanza. Recuperado el 18 de abril de 2020, de Figuras de la Pedagogía: https://educomunicacion.es/figuraspedagogia/0_paulo_freire.htm
- Marx, K. (2002). *El Capital*. Madrid: Siglo XXI.
- Rodríguez, H. (2018). *Acento*. Recuperado el 7 de marzo de 2018, de La educación política es más que necesaria: <https://acento.com.do/2018/opinion/8543543-la-educacion-politica-mas-necesaria/>

Recibido el 7 de junio del 2020

Aceptado el 29 de septiembre de 2020

An@lítica
Podcast

ESCUCHA ESTE ENSAYO [AQUÍ](#)